

Las mujeres gustan de eso, y ese será siempre el medio más seguro para conseguirlo todo de ellas.

Estas últimas palabras las pronunció con un despecho concentrado; después guardó silencio un momento é hizo girar el gatillo de su escopeta como si deseara ocultar la emoción profunda que le embargaba.

—¡Bah!—continuó—¡ya pasó mi tiempo! ¡Es preciso tener la imaginación joven... y el cuerpo también!... ¡Ah! ¿por qué me habré casado? Lo que hay de más pérfido en las jóvenes educadas por las madres que han vivido en esta brillante época de la galantería, es el aire de candor y de gazmoñería que afectan. Parece que la miel más dulce ofendería á sus labios delicados, y, sin embargo, los que las conocen saben que serían capaces de tragarse la sal á paladas.

Dicho esto se levantó y, cogiendo su escopeta y arrojándola contra el suelo, introdujo casi toda la culata en el húmedo césped.

—¡Parece que á mi querida tía le gustan los cuentecillos!—me dijo en voz baja el oficial.

—Y los desenlaces que no acarcean compromisos—añadió yo.

El sobrino montó á caballo, los demás hicimos lo propio, y llegamos á casa á las dos de la tarde. El conde me tuvo en su cuarto hasta la hora de comer, bajo pretexto de enseñarme algunas medallas de que me había hablado por el camino. La comida fué sombría. La condesa mostróse con su sobrino sumamente fría. Cuando estábamos ya en el salón, el conde dijo á su mujer:

—¿No jugáis al chaquete?... Nosotros vamos á dar una vuelta.

La joven condesa no respondió. Miraba al fuego y parecía no haber oído. El marido dió algunos pasos hacia la puerta, invitándome con una seña á que le siguiese. Al ver esto, su mujer volvió rápidamente la cabeza y dijo:

—¿Por qué se marchan ustedes? mañana tendrás tiempo suficiente para enseñarle á ese caballero el reverso de las medallas.

Ante esta insinuación, el conde se quedó. Sin prestar atención á la mortificación imperceptible que ocasionaba á su tía la presencia del sobrino, el conde desplegó durante toda la tarde el encanto indefinible de su conversación.

Nunca le vi tan ocurrente ni tan afectuoso. Hablamos mucho de las mujeres. A mí me parecía imposible que hubiera canas en aquella cabeza marcada con el sello de la juventud del corazón y del alma, que es la que borra las arrugas y la influencia de los años. Al día siguiente el sobrino partió. Aun después de la muerte del señor de Nocé, y procurando aprovechar la intimidad de aquellas reuniones familiares en que las mujeres suelen hacer á veces declaraciones íntimas, jamás pude averiguar la clase de imprudencia cometida entonces por el vizconde con su tía. Esta insolencia debió ser muy grave, porque desde entonces la señora de Nocé no ha querido volver á ver á su sobrino, ni puede aún hoy oír pronunciar su nombre sin fruncir las cejas. En un principio no comprendí el objeto de la partida de caza propuesta por el conde de Nocé; pero después llegué á adivinar, por los resultados, la astucia que encerraba.

Sin embargo, aunque lleguéis á conseguir, como el señor de Nocé, tan gran victoria, no os olvidéis por eso de poner en práctica el sistema de las moxas ni creáis que se pueden hacer por segunda vez é impunemente semejantes esfuerzos. Prodigando así vuestro talento, acabaríais por desprestigiaros á los ojos de vuestra mujer, pues ella iría exigiendo cada vez más, hasta que llegaría un momento en que todo sería poco. El alma humana está sometida en sus deseos á una especie de progresión aritmética, cuyo objeto y cuyo origen son igualmente desconocidos. Así como el que masca opio tiene que aumentar siempre las dosis para obtener el mismo resultado, nuestro espíritu, imperioso cuanto débil, quiere que los sentimientos, las ideas y las cosas vayan siempre creciendo. De ahí la necesidad de distribuir hábilmente el interés en una obra dramática, como de graduar los remedios en medicina. Por eso veis que si se apela alguna vez al empleo de esos medios, debéis subordinar vuestra conducta á las circunstancias, y el éxito dependerá siempre de los resortes que empleéis.

Por último, ¿tenéis crédito y amigos poderosos? ¿desempeñáis un cargo importante? Un último medio cortará el mal de raíz. ¿No tenéis influencia suficiente para privar á vuestra mujer del amante por medio de un ascenso ó de un traslado, si éste es militar? Conseguido esto, suprimiréis la correspondencia, empleando los medios de que hablaremos más adelante, y, *sublata causa, tollitur effectus*, pala-

bras latinas que pueden traducirse libremente por: *No hay efecto sin causa.*

No obstante esto, podría asaltaros el temor de que vuestra mujer escogiese otro amante; pero, para evitarlo, no tenéis más que tener dispuesta siempre una moxa, á fin de ganar tiempo y de ver el modo de salir del atolladero con nuevas astucias.

Procurad combinar el sistema de las moxas con las defecaciones mímicas de Carlin. El inmortal Carlin, de la comedia italiana, tenia á todo el público suspenso y riéndose durante horas enteras con estas solas palabras, variadas con todo el arte de la pantomima y pronunciadas con mil inflexiones diferentes de voz. «El rey dijo á la reina. —La reina dijo al rey». Imitad á Carlin. Buscad el medio de dejar siempre en jaque á vuestra mujer, á fin de no daros mate vosotros mismos. Aprended de los ministros constitucionales el arte de prometer. Acostumbraos á saber presentar á tiempo el polichinela que hace correr al niño detrás del payaso, sin que aquél se aperciba del camino andado. Nosotros somos todos niños, y las mujeres siempre están dispuestas por curiosidad á perder el tiempo siguiendo á un fuego fatuo. ¿No tenéis para ayudaros á la imaginación, llama brillante y demasiado pronto extinguida?

Estudiad, finalmente, el feliz arte de estar y no estar al lado de vuestra esposa, de escoger aquellos momentos en que podéis tener cabida en su espíritu, sin hastiarla nunca de vuestra presencia, de vuestra superioridad, ni aun de su propia dicha. Por este medio, yo os aseguro que aún lograréis mantener viva la llama del deseo, lo mismo en ella que en vosotros.

MEDITACIÓN XIV

DE LAS HABITACIONES

Los medios y los síntomas empleados hasta aquí son, en cierto modo, puramente morales. Participan de la nobleza de nuestra alma, y no tienen nada de repugnantes; pero

ahora vamos á echar mano de precauciones á lo Bartolo (1). Es preciso no decaer. Existe un valor marital, como existe un valor civil y militar ó un valor de guardia nacional.

¿Cuál es el primer cuidado de una niña después de haber comprado una cotorra? ¿No debe encerrarla, ante todo, en una hermosa jaula de donde no pueda salir sin su permiso? Pues bien, esta niña os dice claramente cuál es vuestro deber.

Todo lo que atañe á la disposición de vuestra casa y á sus habitaciones debe estar concebido con la mira de no dejar recurso alguno á vuestra mujer, en el caso de que ella hubiera decretado entregaros al Minotauro; pues la mitad de las desgracias tienen lugar precisamente por las deplorables facilidades que ofrecen las habitaciones.

Ante todo, procurad tener por conserje á un hombre único y completamente adicto á vuestra persona. Este es un tesoro fácil de encontrar, porque, ¿qué hombre no tiene siempre en el mundo, ó al marido de un ama de cría, ó á algún antiguo criado que de pequeño le tuvo sobre sus rodillas?

Por cuantos medios estén á vuestro alcance, debéis procurar que entre vuestra mujer y ese Nestor, guardián de vuestra puerta, nazca un odio de Atreo y Tieste (2). La puerta de vuestra casa es el alfa y la omega de una intriga. Todas las intrigas de amor, ¿no se reducen siempre á esto: á entrar y salir?

Vuestra casa no serviría de nada si no estuviese entre patio y jardín y construida de modo que no se comunicase con ninguna otra.

Suprimiréis por de pronto en las habitaciones de recepción los menores escondrijos. Un hueco, aunque sólo pueda dar cabida á seis tarros de dulce, debe ser tapiado. Os prepararéis para la guerra, y el primer pensamiento de un

(1) Personaje de la comedia de Beaumarchais, titulada *el Barbero de Sevilla*. Ha pasado á ser, con justo título, el prototipo del tutor celoso y desconfiado.—(N. del T.)

(2) Atreo, hijo de Pelope y rey de Micenas, es famoso en la mitología por su odio contra su hermano Tieste y por la espantosa venganza que tomó de él. Degolló á los hijos de Tieste y los hizo servir á su desgraciado padre en un banquete. A los descendientes de Atreo, y particularmente á Agamemnon y á Menelao, se les da el nombre de atridas.—(N. del T.)

general es de interceptar los víveres al enemigo. Así, pues, todas las paredes deberán estar descubiertas, á fin de que presenten á primera vista líneas fáciles de recorrer, y que permitan reconocer en el acto el menor objeto extraño. Ved los restos de los monumentos antiguos, y veréis que las habitaciones griegas y romanas provenían principalmente de la pureza de las líneas, de la limpieza de las paredes y de la rareza de los muebles. Los griegos se hubieran sonreído de compasión si hubiesen visto en un salón los huecos de nuestros armarios.

Este magnífico medio de defensa debe ser puesto sobre todo en práctica en la habitación de vuestra mujer. No le permitáis nunca que ponga cortinas á su lecho, á fin de que nadie pueda ocultarse de otra persona dando vueltas en torno de la cama. Sed implacables en lo concerniente á las comunicaciones. Poned su cuarto al extremo de vuestras habitaciones de recepción. No consintáis que tenga salida á no ser por los salones, á fin de poder ver con una sola mirada á los que entran y salen en su habitación.

El matrimonio de Figaro os habrá enseñado sin duda á colocar la habitación de vuestra mujer á una gran altura del suelo. No olvidéis que todos los solteros son Querubines.

Vuestra fortuna da sin duda derecho á vuestra mujer para exigirnos un gabinete tocador, otro de baño y otro para su doncella; entonces pensad en Susana, y no cometáis nunca la falta de colocar este pequeño departamento debajo del de su señora, colocadlo siempre encima, y no temáis estropear vuestro palacio haciendo horribles rendijas en las ventanas.

Si la desgracia quiere que esta peligrosa habitación se comunique con la de vuestra mujer por una escalera oculta, consultad bien á vuestro arquitecto para que con su genio logre dar á esta siniestra escalera la inocencia de la escalera primitiva, la escala del molinero, que esta escalera, os lo encarecemos, no tenga ninguna cavidad pérfida; que sus altos y angulosos peldaños no ofrezcan nunca aquella voluptuosa curva en que Faublas y Justina estaban tan cómodamente recostados esperando á que el marqués de B*** saliera. Hoy, los arquitectos hacen escaleras que son preferibles á otomanas. Restableced más bien la verdadera escalera de caracol de vuestros virtuosos antepasados.

Por lo que concierne á las chimeneas de la habitación de la señora, tendréis cuidado de colocar en el cañón una raja de hierro, á cinco pies de altura, aunque haya necesidad de reponerla cada vez que tenga que limpiarla. Si vuestra mujer tildase de ridícula esta precaución, alegad los numerosos asesinatos que se han cometido entrando por las chimeneas. Casi todas las mujeres tienen miedo á los ladrones.

El lecho es uno de esos muebles decisivos cuya estructura debe ser muy meditada. Todo es de interés capital en él. He aquí los resultados de una larga experiencia. Dad á ese mueble una forma bastante original para que se le pueda mirar siempre sin desagrado en medio de las modas que se suceden con rapidez, destruyendo las creaciones precedentes del ingenio de nuestros adornistas, pues es muy esencial que vuestra mujer no pueda cambiar á su capricho ese teatro del placer conyugal. La base de ese mueble debe ser maciza y no debe dejar ningún pérfido hueco entre ella y el pavimento. No olvidéis nunca que la doña Julia de Byron ocultó á su don Juan bajo la almohada. Pero sería ridículo tratar con ligereza un asunto tan delicado. (Véase la Meditación XVII.)

LXII

El lecho es el todo en el matrimonio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

No tardaremos en ocuparnos de esta admirable creación del género humano, invención que debemos agradecer más que la de los navíos, la de las armas de fuego, la de los coches y sus ruedas, la de las máquinas de vapor, ya sean de simple ó de doble presión, y mucho más aún que la de los toneles y la de las botellas. En primer lugar, por poco que se reflexione, se verá que el lecho participa de todo eso. Si se tiene en cuenta que es nuestro segundo padre, y que la mitad más tranquila y más agitada de nuestra existencia transcurre bajo su corona protectora, nos faltarán palabras para elogiarlo.

Quando la guerra, de que hablaremos en nuestra tercera parte, estalle entre vosotros y vuestra mujer, tendréis siempre ingeniosos pretextos para registrar sus cómodas y sus papeleras; pues si vuestra mujer se propusiese ocultaros una estatua, á vosotros solos os interesa saber dónde la

ha ocultado. Un *gineceo* construido por este sistema os permitirá reconocer de un vistazo si contiene dos libras de seda más que de ordinario. Si la dejáis tener un solo armario, estáis perdidos. Durante la luna de miel, acostumbrad sobre todo á vuestra mujer á desplegar un excesivo cuidado en el arreglo de las habitaciones: que todo esté en su lugar respectivo. Si no la acostumbráis á un cuidado minucioso, si los objetos no se encuentran siempre en los mismos lugares, os causaría ella misma tal desorden, que no podríais ya ver si hay ó no las dos libras de seda de más ó de menos.

Las cortinas de vuestras habitaciones deben ser siempre de materias muy diáfanas, y debéis contraer la costumbre de pasearos por la noche, de manera que á vuestra mujer no la sorprenda veros ir hasta la ventana como por distracción. Finalmente, para acabar con el artículo de las ventanas, hacedlas construir en vuestro palacio de manera que el repecto no sea nunca bastante ancho para que pueda colocarse en él un saco de harina.

Una vez arreglada la habitación de vuestra mujer con arreglo á estos principios, aunque existiesen en vuestro palacio nichos para albergar á todos los santos del Paraíso, estaréis en seguridad. De acuerdo con vuestro amigo el conserje, podéis hacer todas las noches un balance de las entradas y salidas; y, para obtener resultados ciertos, no estaría de más que le enseñaseis á llevar un libro de visitas por partida doble.

Si tenéis jardín, mostrad pasión por los perros. Dejando siempre bajo vuestras ventanas uno de esos incorruptibles guardianes, mantendréis al Minotauro á una distancia respetable, sobre todo si acostumbráis á vuestro cuadrúpedo amigo á no tomar alimento más que de la mano del conserje, á fin de que los solteros sin delicadeza no puedan envenenarle.

Todas estas precauciones deben tomarse naturalmente y de modo que no despierten sospechas. Si ha habido hombres bastante imprudentes para no haber establecido, al casarse, su domicilio conyugal con arreglo á estos principios, deben vender cuanto antes su casa, comprar otra, ó pretextar reparaciones y hacerla de nuevo.

Debéis desterrar sin piedad de vuestras habitaciones las omanas, los canapés, los confidentes, los sofás, etc. En

primer lugar, estos muebles son ya tan vulgares, que adornan las casas de los abaceros y aun las de los peluqueros; además, son esencialmente muebles de perdición, jamás he podido verlos sin espanto, y siempre me ha parecido ver en ellos al diablo con sus cuernos y sus pies ganchudos.

Después de todo, nada es tan peligroso como una silla, y es una verdadera desgracia que no se pueda encerrar á las mujeres entre cuatro paredes... ¿Quién es el marido que al sentarse en una silla desvencijada no se inclina á creer que ésta haya recibido la instrucción del *sofá* de Crebillón hijo? Pero, felizmente, nosotros hemos arreglado vuestras habitaciones siguiendo un sistema tal de previsión, que nada grave puede ocurrir, á menos que vosotros mismos lo consentáis por negligencia.

Un defecto que debéis contraer, y del que nunca debéis corregiros, es una especie de curiosidad distraída que os inclinará sin cesar á examinar todos los cajones y á revolver todos los neceseres. Procederéis á esta visita domiciliaria con originalidad y con gracia, y obtendréis siempre el perdón procurando poner á vuestra mujer de buen humor.

También debéis manifestar gran admiración cada vez que veáis un mueble nuevo en alguna habitación. Acto continuo exigiréis que os expliquen su utilidad, pensando siempre en si puede ó no servir de pérfido escondite.

No es esto todo. Seguramente que tendréis bastante talento para comprender que vuestra cotorra no permanecerá en la jaula nada más que mientras ésta sea bella.

Los menores accesorios deben, pues, respirar elegancia y gusto, y el conjunto ha de ofrecer sin cesar un cuadro sencillo, al par que gracioso. Renovad con frecuencia las colgaduras, alfombras y muselinas. La limpieza del decorado es demasiado esencial para hacer economías en este artículo, que equivale á la pamplina matinal que los niños colocan cuidadosamente en la jaula de sus pájaros para hacerles creer en la verdura de sus prados. Una habitación de este género es entonces la *última ratio* de los maridos: una mujer no tiene nada que decir cuando se le ha prodigado todo.

Los maridos condenados á habitar pisos de alquiler, están en la más horrible de todas las situaciones, porque ¿qué influencia feliz ó desgraciada no puede ejercer el portero en su suerte? Además, ¿no estará su casa flanqueada á

derecha é izquierda por otras dos casas? Es verdad que colocando á un lado la habitación de sus mujeres, el peligro disminuirá en la mitad; pero ¿no estarán obligados á meditar y á saber de memoria la edad, el estado, la fortuna, el carácter, las costumbres de los inquilinos de la casa vecina y hasta conocer á los amigos y parientes?

Un marido prudente no debe habitar nunca en un piso bajo.

Todo hombre puede tomar en su piso las precauciones que hemos aconsejado al propietario de un palacio, y entonces el inquilino tendrá sobre el propietario la ventaja de que, ocupando su habitación menos espacio, puede ser más fácilmente vigilada.

MEDITACIÓN XV

DE LA ADUANA

—¡Oh! no, señora, no...

—Pero, caballero, ¿hay algo que pueda ser tan inconveniente como...?

—¿Cree usted, pues, señora, que querríamos nosotros prescribir que se registrase, como en las fronteras, á las personas que traspasan el dintel de vuestras habitaciones, ó que salen de ellas furtivamente, con objeto de ver si os llevan alguna alhaja de contrabando? No, eso no sería decente; y nuestros procedimientos, señora, no tendrán nada de odiosos, ni nosotros nada de fiscales: esté usted segura de ello.

—Caballero, la aduana conyugal es, de todos los puntos de que consta esta segunda parte, el que sin duda reclama de usted más tacto, más astucia y más conocimientos adquiridos *á priori*, es decir, antes del matrimonio. Para poder ejercer, un marido debe haber hecho un conocimiento profundo del libro de Lavater (1) y haberse penetrado de todos sus principios; haber acostumbrado su mirada y su entendimiento á juzgar y á coger con asombrosa prontitud

(1) Inventor de la Fisiognomía, arte de conocer el carácter de una persona por los rasgos de su rostro (1741-1802).—(N. del T.)

los más ligeros indicios físicos por los que el hombre deja ver muchas veces, á pesar suyo, su pensamiento.

La Fisiognomía de Lavater ha creado una verdadera ciencia, y tiene ya un lugar entre los conocimientos del saber humano. Si, al principio, algunas dudas acogieron la aparición de este libro, después, el célebre doctor Gall (1) ha venido, con su hermosa teoría del cráneo, á completar el sistema del suizo, y á dar validez á sus sutiles y luminosas observaciones. Las personas ocurrentes, los diplomáticos, las mujeres, todos aquellos que son raros y fervientes discípulos de estos dos hombres célebres, han tenido muchas veces ocasión de observar otros signos evidentes por los cuales se viene en conocimiento del pensamiento humano. Los movimientos del cuerpo, la escritura, el sonido de la voz, los modales, han iluminado más de una vez á la mujer que habla, al diplomático que miente, y al hábil administrador ó al soberano, obligado á descubrir con una ojeada el amor, la traición ó el mérito desconocido. El hombre cuya alma es enérgica, es como el pobre gusano de luz que, sin querer, la deja escapar por todos sus poros. Se mueve en una esfera brillante donde cada esfuerzo produce un resplandor, dibujando sus movimientos con grandes lenguas de fuego.

He aquí, pues, todos los elementos de los conocimientos que debéis poseer, pues la aduana conyugal consiste únicamente en un examen rápido, pero profundo, del estado moral y fines de todos los seres que entran y salen en vuestra casa, cuando han visto ó van á ver á vuestra mujer. Un marido se parece entonces á una araña que, colocada en el centro de su imperceptible tela, recibe una terrible sacudida cuando cualquier insecto cae en ella, y, de lejos, escucha, juzga y ve á su presa ó á su enemigo.

Del mismo modo, debéis procuraros los medios de examinar en dos situaciones distintas al soltero que llama á vuestra puerta: cuando va á entrar y cuando ha entrado.

¡Cuántas cosas no dice al entrar sin despegar siquiera los labios!

Ya que con un ligero golpe de mano, ó introduciendo á cada instante los dedos entre sus cabellos, agache y levante su tupé característico;

(1) Médico alemán inventor de la Frenología (1758-1828).—(N. del T.)

Ya que tararee un aire italiano ó francés, alegre ó triste, y con voz de tenor, de contralto, de soprano ó de barítono;

Ya que se asegure de que el nudo de su corbata significativa está hecho ó no con gracia;

Ya que estire la pechera bien planchada ó arrugada de una camisa de día ó de noche;

Ya procurando saber con gesto interrogativo y furtivo si su peluca rubia ó negra, rizada ó lisa, sigue en su puesto natural;

Ya que examine si sus uñas están limpias y bien cortadas;

Ya que con mano blanca ó mal cuidada, provista de mejores ó peores guantes, se atuse el bigote ó las patillas, ó las pase y repase por entre las puas de un peinecito de cóncha;

Ya que, con movimientos suaves y repetidos, procure colocar su barba en el centro de su corbata;

Ya que se cruce de piernas y se meta las manos en los bolsillos;

Ya que contemple sus botas como diciéndose: «He aquí un pie, que no me parece del todo feo»;

Ya que llegue á pie ó en coche, y procure borrar las ligeras salpicaduras de barro que ensuciaron su calzado;

Ya que permanezca inmóvil é impasible como un holandés fumando;

Ya que, con los ojos fijos en la puerta, se parezca al alma que sale del purgatorio y que espera á san Pedro con sus llaves;

Ya que titubee al tirar del cordón de la campanilla, ó que lo coja con negligencia, precipitada ó familiarmente, ó como hombre seguro de lo que hace;

Ya que haya llamado tímidamente, haciendo resonar un campanillazo perdido en el silencio de las habitaciones, como el primer toque de maitines en invierno y en un convento de Mínimos (1); ó ya que, después de haber llamado con fuerza, vuelva á llamar impaciente al no oír los pasos de los criados;

Ya que haya dado á su aliento un perfume delicado tomando una pastilla de cachunde;

Ya que tome con aire afectado un polvo de tabaco, sacu-

(1) Religiosos de la Orden de San Francisco de Paula.—(N. del T.)

diendo cuidadosamente las partículas que hubieran podido alterar la blancura de su ropa;

Ya que mire en torno suyo, fingiendo examinar la lámpara de la escalera, la alfombra ó el pasamano, como si fuese comerciante de muebles ó contratista de edificios;

Ya, en fin, que este soltero sea joven ó viejo, tenga frío ó calor, y llegue lenta, triste ó gozosamente, etc.

Ya veis que hay ahí, en el descanso de vuestra escalera, una asombrosa infinidad de observaciones.

Las ligeras pinceladas con que hemos tratado de bosquejar esta figura, os demuestran en ella un verdadero calidoscopio (1) moral con sus millones de desinencias. Y no hemos querido suponer á la mujer en este umbral revelador; porque nuestras observaciones, considerables ya, pasarían á ser innumerables é insignificantes como los granos de arena del mar.

En efecto, delante de esta puerta cerrada, el hombre se cree completamente solo, y, á poco que se le haga esperar, empieza á hacer un monólogo mudo, un soliloquio indefinible, donde todo, hasta sus pasos, revela sus esperanzas, sus deseos, sus intenciones, sus secretos, sus cualidades, sus defectos, sus virtudes, etc.; en fin, un hombre es, en el descansillo, como una joven de quince años ante un confesorario la víspera de su primera comunión.

¿Queréis la prueba de ello?... Observad el cambio súbito que se opera en el rostro y en los modales de este soltero, tan pronto como de fuera llega adentro. El maquinista de la Ópera, la temperatura, las nubes ó el sol, no cambian más pronto el aspecto de un teatro, de la atmósfera ó del cielo.

Al poner el pie en la primera tarima de vuestra antesala, de todos los millares de ideas que ese soltero os ha revelado con tanta inocencia en el descansillo, no queda ni una sola mirada que pueda servir de fundamento á observación alguna. La mueca social de observación lo ha cubierto todo con espeso velo; pero un marido hábil ha debido ya adivinar con una sola mirada el objeto de la visita, y ha debido leer en el alma del que llega, como en un libro.

(1) Instrumento de óptica por medio del cual producen una infinita variedad de figuras unos trozos de cristal de colores puestos entre dos discos de vidrio.—(N. del T.)

En la manera de acercarse á vuestra mujer, de hablarla, de mirarla, de saludarla y despedirla... hay volúmenes de observaciones más ó menos minuciosas.

El timbre de voz, la postura, la cortedad, una sonrisa, el silencio mismo, la tristeza, prevenciones que puede inspirarle vuestra presencia, todo es indicio, y todo debe ser estudiado con una mirada y con disimulo. Si hacéis algún descubrimiento desagradable, debéis procurar disimularlo, afectando la mayor amabilidad y los más finos modales. En la imposibilidad en que nos hallamos de enumerar todos los detalles, abandonamos los que faltan á la sagacidad del lector, que ya comprenderá la extensión de esta ciencia; principia con el análisis de las miradas, y acaba con la percepción de los movimientos que el despecho imprime al dedo gordo de un pie oculto bajo el satín de un zapato ó bajo el cuero de una bota.

¡Pero la salida!... porque es preciso prever el caso en que no hubieseis podido hacer el riguroso examen en el descansillo de la escalera, y entonces la salida tiene un interés capital, tanto más, cuanto que este nuevo estudio del célibe debe hacerse con los mismos elementos, pero en sentido inverso del primero.

Existe, sin embargo, en la salida, una excepción particularísima, y es el momento en que el enemigo ha bajado todos los peldaños de la escalera en que podía haber sido observado, y llega á la calle. Allí el hombre de talento debe adivinar toda la visita al ver al visitante en la puerta cochera. Los indicios son menos comunes; ¡pero qué claros! Allí es el desenlace, y el hombre deja ver en aquel instante el carácter de éste por una expresión de dicha, de pena ó de alegría.

Las revelaciones son entonces fáciles de recoger: ya por una mirada dirigida á la casa ó á las ventanas de una habitación; ya por una marcha lenta y sin rumbo; ya por el frotamiento de manos del tonto, ó por la carrera á brincos del fatuo, ó por la palabra involuntaria del hombre profundamente conmovido, en fin, que veís las cosas con tanta claridad como la luz del día; á la salida, las soluciones son claras y precisas. Nuestra tarea sería sobrehumana si fuese preciso enumerar las diferentes maneras cómo los hombres descubren sus sensaciones; aquí, todo es tacto y sentimiento.

Si aplicáis estos principios de observación á los extraños,

con mayor razón debéis someter á vuestra mujer á las mismas formalidades.

Un hombre casado debe haber hecho un estudio profundo del rostro de su mujer. Este estudio es fácil, involuntario á veces, y puede hacerse á todas horas. Para el marido la hermosa fisonomía de su mujer no debe tener misterios. Él sabe cómo se pintan en ella las sensaciones y bajo qué expresión se ocultan á la penetración de la mirada.

El más ligero movimiento de los labios, la más imperceptible contracción de la nariz, las degradaciones insensibles de la mirada, la alteración de la voz, y esas nubes indefinibles que envuelven las facciones ó esas llamas que las iluminan, es lenguaje para vosotros.

Ved á esa mujer: todos la miran y ninguno puede comprender su pensamiento. Pero para vosotros, la pupila está más ó menos coloreada, contraída ó dilatada, los párpados han vacilado, las pestañas se han movido; una arruga, borrada con tanta rapidez como un surco en la mar, ha aparecido en su frente; su labio se ha contraído ó dilatado también... y en cualquiera de estos casos, para vosotros la mujer ha hablado.

Si, en esos momentos difíciles en que una mujer disimula en presencia de su marido, tenéis el alma de esfinge para adivinarla, comprenderéis bien que los principios de la aduana se convierten en un juego de niños para comprender á la mujer.

Al entrar en su cuarto ó al salir, cuando se cree sola, vuestra mujer es tan imprudente como una corneja, y se diría á sí misma en voz alta su secreto: del mismo modo, en el cambio súbito de sus facciones en el momento en que os ve, cambio que, á pesar de su rapidez, no se opera nunca bastante pronto para que no deje ver la expresión que tenía en su rostro cuando estabais ausente, debéis leer en su alma como en un libro de canto llano. Por último, vuestra mujer se encontrará muchas veces hablando consigo misma, y entonces un marido puede á cada instante conocer los sentimientos de su mujer.

¿Existe algún hombre que le preocupen tan poco los misterios del amor para que no haya admirado y observado el paso ligero, menudo y coquetón de una mujer cuando va á una cita? Se desliza á través de la multitud como una serpiente sobre la hierba. Las modas, los trajes y los lazos ten-

didos por los comerciantes despliegan en vano para ella sus seducciones; ella anda, y anda siempre semejante al animal fiel que busca el rastro invisible de su amo, sorda á todos los saludos, ciega á todas las miradas y hasta insensible á los imprescindibles roces de la circulación humana en París. ¡Oh! ¡cómo comprende entonces el valor de un minuto! Su paso, sus modales y su rostro cometen mil indiscreciones. Pero ¡qué cuadro más encantador para el callejero y que página más siniestra para un marido que la fisonomía de su mujer cuando vuelve de aquella habitación secreta habitada de continuo por su alma!... Su dicha está marcada hasta en la indescriptible imperfección de su tocado, cuyas graciosas y ondulantes trenzas no han sabido tomar, con el peine roto del soltero, ese color reluciente y esa manera elegante que les imprimé la mano segura de la peinadora. ¡Y qué adorable abandono en el andar! ¡Cómo dibujar ese sentimiento que comunica tan ricos colores á su tez, que roba á sus ojos toda su fijeza y que participa de la melancolía y de la alegría, del pudor y del orgullo, por tantos conceptos?

Estos indicios, robados á la Meditación de los *últimos síntomas*, y que pertenecen á una situación en que la mujer procura disimularlo todo, os permiten adivinar, por analogía, la grandísima cosecha de observaciones que podréis hacer cuando vuestra mujer llegue á casa, y, como el crimen no haya sido cometido aún, todos estos detalles os harán conocer el secreto y podréis poner en juego los medios para evitar la catástrofe.

Respecto á nosotros, podemos decir que siempre que vemos un descansillo, nos da intención de darle el nombre de observatorio del marido.

En cuanto á los medios que deben emplearse para establecer dentro de casa una especie de observatorio, debemos advertir que depende en un todo de los lugares y de las circunstancias, y los abandonamos á la astucia de los que se muestren interesados en ejecutar las prescripciones de esta Meditación.

MEDITACIÓN XVI

PROGRAMA CONYUGAL

Confieso que no conozco en París más que una casa construída con arreglo al sistema desarrollado en las dos Meditaciones precedentes. Pero debo advertir también que fundé mi sistema en dicha casa. Tan admirable fortaleza pertenece á un joven consejero de Estado, ebrio de amor y de celos.

Quando supo que existía un hombre que se ocupaba exclusivamente de perfeccionar el matrimonio en Francia, tuvo la amabilidad de abrirme las puertas de su palacio y de enseñarme su gineceo. Admiré el profundo genio que tan hábilmente había sabido ocultar las precauciones de unos celos casi orientales con la elegancia de los muebles, la belleza de las alfombras y la frescura de las pinturas. Convine en que era imposible á su mujer hacer á su habitación cómplice de una traición.

—Caballero—dije al Oteló del Consejo de Estado que me parecía que no debía estar muy fuerte en alta política conyugal, —no dudo que la señora vizcondesa guste mucho de habitar en el seno de este pequeño paraíso; hasta supongo que debe estar muy satisfecha, sobre todo si usted permanece mucho tiempo en ella; pero llegará un momento en que se cansará, pues de todo se cansa uno, hasta de lo sublime. ¡Y cómo haréis cuando la señora vizcondesa, no encontrando ya en vuestras invenciones el primitivo encanto, abra la boca para bostezar y acaso para presentaros un informe con tendencias á obtener el ejercicio de dos derechos indispensables para su dicha: la libertad individual, es decir, la facultad de ir y venir siguiendo el capricho de su voluntad, y la libertad de la prensa, ó sea la facultad de escribir y recibir cartas, sin temor á vuestra censura?

Apenas acabé de pronunciar estas palabras, cuando el señor vizconde de V***, apretándome fuertemente el brazo, exclamó:

—He ahí la ingratitud de las mujeres; si hay algo más ingrato que un rey, es un pueblo, y la mujer lo es más aún que los dos. Una mujer casada obra con nosotros como los